

HOMILÍA

Domingo de Ramos

Is 50, 4-7

a. Contexto

Llegamos, hermanos, a la celebración de los Misterios centrales del Señor: Pasión, Muerte y Resurrección. Después de la procesión de Palmas, la Eucaristía condensa la oración y meditación nacida en el corazón.

Orando con el segundo Isaías, la figura del Siervo de Yahvé (el Servidor, dice algún exegeta) se conecta con el tema de la Pasión: igual que Jesús, el Siervo no se rebela ante los designios de Dios (cf. Jn 4).

Dentro de la teología judía del postexilio, aparece este conjunto de textos isaianos denominado Poemas del Siervo. El término se lee más de 20 veces en Is 40-55 (el II Isaías), 14 de ellas referidas a Israel como tal.

Se acepta comúnmente la existencia de cuatro cánticos (cf. Is 42; 49; 50; 52-53), por lo que nos hallamos con el pasaje de hoy en el tercero de ellos (cf. Is 50, 4-7).

Esta literatura es independiente del resto de Is 40-55. Las diferencias destacan en que el Siervo de estos cánticos brilla por su santidad, docilidad y obediencia (cf. Is 50, 4ss.), o bien por su inocencia (cf. Is 53, 4-9).

Este Siervo, además, está llamado a una misión de enseñanza activa, desde lo anónimo de su nombre individual. Es el caso que se le pide luchar por llevar a cabo su tarea.

No es pasivo, como sucede en el pueblo de Israel en cuanto testigo del Señor de modo no tan activo (cf. Is 44, 8, p.ej.). El Siervo de los cuatro poemas mencionados, por contra, ofrece su vida por la misión que hace.

En lo referente al origen de estos cánticos, muchos creen que el propio Segundo Isaías los toma de otros lugares literarios distintos al resto del Libro (cf. Is 40-55, en general).

El tema clave acerca de quién es ese Siervo ha tenido respuestas diversas. Para nuestra situación pastoral y de oración se puede considerar al Siervo como la personalidad corporativa que representa al pueblo creyente.

Junto a esto viene bien la consideración del Siervo como Mesías: aquí radica la causa de por qué la Iglesia lee estos poemas a la luz de Cristo desde los primeros siglos (cf., p.ej., Mt 12, 18-21, o Lc 22, 37).

b. Texto

La perícopa que alimenta esta meditación en el Domingo de Palmas, amigos, se condensa en las declaraciones del Siervo, que la Iglesia lee en Cristo, y describen su propia situación entre los hombres y Dios.

El Siervo es plenamente consciente de su misión, de su destino. Esto es lo que lo hace referirse a *abrir el oído*, o a *aprender*. Él es fiel discípulo de Dios, mientras sufre la maldad: se le escupe, se le golpea...

Aparece con rasgos propios de un profeta, o de un sabio, al servicio de lo que el Señor Dios le indique que ha de decir, en particular, para consolar a los abatidos, como se ve también en Is 42, 3.

El Siervo acepta su misión sin resistencia, al estilo de la teología de Jeremías, coetáneo del II Isaías (cf. Jr 11, 19). El símil de la oveja *llevada al matadero* sirve para expresar la confianza en Yahvé de este Siervo.

Amigo creyente de hoy día, ¿sigo -seguimos- haciendo junto a Cristo oración con Él, delante del Padre de todos, utilizando este precioso texto de Isaías II? Es lo que hoy nos invita a hacer la liturgia del día.

Si es así, se puede añadir que este pasaje invita a pensar que Cristo pone su confianza durante los momentos, sobre todo, de su Pasión, en la fuerza del Espíritu (cf. Jn 16, 8-11).

Volvamos al Siervo de Isaías II. Él es consciente de que ha de enfrentarse a sus enemigos (como Cristo hizo, ¿no?), pero Dios hará su defensa: confía en Yahvé (cf. Is 54, 17, en relación con Mt 10, 19-20).

c. Para la vida

Calla, amigo, y mira al Señor, más allá de los gritos de quienes lo reciben a las puertas de la Ciudad que lo va a entregar a la muerte: esos gritos son el oropel bajo el que se esconde el pecado de rechazo.

Ahí se esconde la traición a la verdad que gritan las conciencias: ¡es que es así, amiga, amigo, ¿o no?! El Siervo, Cristo, espera confiado el juicio de Dios, tras ser maltratado (cf. Is 50, 6).

Y ya *desde la mañana, temprano*, se despierta en la confianza de que Dios le ayuda (cf. Is 50, 4): es una lección definitiva para todos. Hay más: hasta alegría se refleja en la actitud del Siervo.

Es la alegría de que ahora brillará la gloria de Dios. Amigos, son reflexiones de hondura de fe, ciertamente, pero reflexiones, meditación, oración que nos toca muy de cerca.

Y ello, porque así es como nuestra fe cristiana se afianzará en este mundo nuestro. Es verdad que, como sucede hoy, el silencio de Dios puede asustarnos... ¿Sabes que el Siervo en este pasaje litúrgico aún no había experimentado esa extrema dificultad de su misión...? Pero Cristo, compañero, compañera de fe, en la Cruz sí que la experimentó.

Por eso tú y yo y todos estamos llamados, se nos pide que miremos nuestra propia existencia desde los que sufren el desprecio, la carencia, la injusticia.

Esos, los necesitados, son Cristo para nosotros: es decir, no hay otra forma de asumir la salvación que Cristo nos trae en la Cruz que compartir, vivir la necesidad de Dios con los necesitados, no en teoría.

La Pasión del Señor, la Semana Santa que se nos pide hoy (como siempre) no es la de unas vacaciones primaverales revestidas de costumbres culturales cristianas más o menos: ¡no, amigo!

Eso es duro, pero contamos con la fuerza de nuestro Hermano, Jesús (cf. Rom 8, 33ss.). Él ha pasado por ahí y ha triunfado del mal en su Resurrección, para Gloria del Padre, o sea, para nuestra salvación.

Hermana, hermana, sigue tú tu propia oración. Me quedo aquí y déjame que te acompañe en tu tarea. Seguro que Cristo, el Señor, el verdadero Siervo de Yahvé, se vendrá junto a nosotros.

Es lo que a Él le gusta: ¡si para eso se hizo Hombre, o sea, humanidad salvada, ¿o no?!

Antonio Jesús Rodríguez de Rojas, sdb
antonio.rodriguezderojas@salesianos.edu